

DIANA IRINA CÓRDOBA RAMÍREZ, *Manuel Payno. Los derrotados de un liberal moderado*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 2006, «Premio Luis González y González », 307 pp. ISBN 9706791892

Manuel Payno es muestra de un hombre que saboreó buena ración de las vivencias mexicanas del siglo XIX. Liberal moderado — como dice el título de este excelente libro —, pero también conservador en cuanto a sus costumbres sociales, empresario, diplomático, funcionario, educador, periodista y novelista, un hombre de buen sentido del humor y de las proporciones, navegó las turbulentas aguas de pronunciamientos, guerras civiles e intervenciones extranjeras. Disfrutó de una fructífera vida. Los jóvenes estudiantes de las preparatorias mexicanas lo recuerdan, tal vez con fastidio, como el autor del obligatorio *Los bandidos de Río Frío*. Pero los historiadores y los intrigados por los vericuetos de nuestro siglo antepasado le admiran por su buena memoria, poderes de observación, actuación política, capacidad intelectual y pluma explicativa y narrativa. Era un hombre que, gracias a su longevidad, vio al nacer, el último momento del virreinato y, al morir, la plenitud del porfiriato.

La riqueza de experiencias del personaje lo hace un tema atractivo para una biografía. Este género, que cayó en desuso tras siglos de abuso fabricando las historias de bronce, vuelve a aparecer en el escenario mexicano con la acuciosa biografía de un personaje secundario, el poblano Antonio Haro y Tamariz. En la sabia pluma del historiador Jan Bazant, que logró reunir los hilos mexicanos y europeos de su sujeto de estudio, surge la comprensión de un periodo tormentoso y confuso del pasado nacional. Irina, en su tesis de licenciatura seleccionada por El Colegio de Michoacán para recibir el Premio Luis González y González y ser publicada, logra una hazaña semejante: desenredar la madeja de una vida compleja, con residencias en distintas partes del país y del mundo, dedicada a

diferentes quehaceres, vivida a lo largo de 74 años. Para lograrlo, la autora identificó a los actores que entrarían en su relato: 32 personajes, algunos pocos conocidos, cuyos datos reunió en biografías individuales al final del texto. También tuvo que entender la cronología de los sucesos tanto políticos como culturales y militares, que no es cosa de poca monta en un país que sufrió tantos cambios de gobierno, intervenciones militares y calamidades naturales. La autora lo hizo apoyada en el Archivo General de la Nación, el Archivo General de Notarías, el de Relaciones Exteriores, los dos de los Riva Palacio, folletería decimonónica y la documentación de Porfirio Díaz en la Universidad Iberoamericana.

Al contrario del método más utilizado para acercarse a un personaje, es decir mediante el estudio de su entorno, las condiciones de su vida y la mentalidad de su época, Irina utiliza a Payno como medio para alcanzar otro propósito, el del estudio de una ideología que buscó carta de naturalización en tierras mexicanas: el liberalismo. Dejar a un lado, por lo menos en algunos aspectos, la identidad corporativa para sentirse individualmente mexicano y restarle importancia y poder a las corporaciones, fueran de la Iglesia, del ejército, de los gremios, o de las comunidades indígenas, era el afán de los hombres “modernos” que deseaban intensamente crear una nueva nación, acorde con los aires europeos progresistas que tanto les impresionaban. Sin duda que Payno, como tantos otros intelectuales, estaba de acuerdo con esta actitud. El problema radicó en el cómo y a qué ritmo. Nadie, en aquel entonces, tenía la fórmula mágica para lograrlo, aunque algunos políticos demagógicos aducían lo contrario. Había que intentar muchos caminos para modificar costumbres centenarias, relaciones de poder y mentalidades que resistían, con temor, los avances de la modernidad. Payno sufrió el proceso en cuerpo propio. Sus luchas son las de su siglo y de su generación; razón que le convierte en el sujeto perfecto para entender la transformación política y social de México acontecida a lo largo del siglo XIX.

La autora de este estudio entiende la profunda religiosidad de Payno y sus colegas, “el entusiasmo por las cosas divinas”, acompañada, sin ningún conflicto en su fuero interno, por un fuerte anticlericalismo. El sistema de valores y actitudes tradicionales —el apego a las creencias religiosas— coexiste con el deseo reformista de vencer la ignorancia y los manejos indebidos del clero. La sobrevivencia de aquéllos, en parte se debe a la influencia de las mujeres de la familia, guardianes de mitos y rituales que daban significado a la vida del hogar. Renegar de esa presencia femenina, cristalizada en usos y costumbres, era tanto como renunciar al amor de la madre, o por lo menos separarse de ella. El catolicismo declarado de la abrumadora mayoría de la clase política fue un elemento reconocido y apreciado, con toda sinceridad, como imprescindible para lograr la cohesión nacional. Después de la guerra civil de independencia, que desgarró familias, pueblos y relaciones en todos los ámbitos de la sociedad, crear una nación con bases comunes era urgente. Qué mejor que fortalecer el sentimiento de identidad con el reconocimiento del catolicismo como la religión única del pueblo mexicano. Luego había que crear una literatura nacional —empezando en la Academia de San Juan de Letrán—, una retórica política nacionalista, un sistema educativo común en sus objetivos. Payno participó en estos proyectos, así como en los de la hacienda nacional en la Dirección General de Rentas, donde entró en contacto con la corrupción endémica de las aduanas, los problemas del norte del país y la ignorancia de los pobladores. Se le persiguió por expresar opiniones demasiado libres en un periódico de Matamoros. Esta experiencia, más haber estado del lado de los perdedores en más de una discusión, fue encaminándolo a la posición a la que alude Irina en el título del libro, la de moderado.

Los matices del liberalismo, tema que le interesa especialmente a la autora, caracterizan a varios grupos políticos en distintos momentos del siglo XIX mexicano. Son flexibles en sus definiciones y membresía, pero no cabe duda que, frente a las medidas radicales exi-

gidas por unos, hubo una reacción de parte de otros, convencidos de la necesidad de transformaciones lentas, de acuerdo con la idiosincrasia del pueblo. Estos grupos, más conscientes de la historia, usos y costumbres de la gran masa de los mexicanos, comprendían que no se podía cambiar el mundo en un día. No eran utópicos, no creían que se podía modificar el comportamiento ni la mentalidad únicamente mediante las leyes. Siendo hombres prácticos, vieron en el imperio de Maximiliano una posibilidad real de progreso, de verdadero liberalismo —no la versión radical trasnochada mexicana—, de estabilidad que encaminaría, por fin, a México al deseado sendero de paz social, de gobierno y no desgobierno, de libertad sin libertinaje. Es conmovedor el recuerdo de Payno hecho en 1868 sobre las esperanzas que había despertado el régimen monárquico: “todos en coro y en consorcio iban a proclamar, a ayudar, a sostener y a bendecir el nuevo orden de cosas que se establecería por toda la eternidad. Nadie adivinó ni previó el desenlace”. ¿Cómo pudieron haber sabido que en tres cortos años el sueño se destrozaría por siempre con las balas mortales del Cerro de las Campanas? ¿Cómo pudieron haber previsto que el ilustrado y bien educado príncipe no tenía idea de cómo gobernar? Los que apoyaron su causa, aun en los puestos de menor importancia, como el de regidor de la ciudad de México, pagaron, después de la derrota, el precio de su equivocación con el exilio, el rechazo o el ninguneo. México perdió el talento fiscal de Manuel Payno, como el de muchos otros mexicanos, en los años vengativos de la República restaurada.

La incursión de Payno en la diplomacia empezó apenas cumplidos los 21 años de edad. Se le envió a Brasil (tal vez para que no estorbara a Santa Anna), aunque renunció antes de emprender el viaje. Sería el principio de una larga cadena de nombramientos en el servicio exterior mexicano. Al final de su vida, en Santander y Barcelona, donde tanto él como su hijo ocuparon puestos en la representación mexicana, tuvo la posibilidad de escribir su famosa novela por entregas, *Los bandidos de Río Frío*.

Para la década de 1830 había surgido una generación de analistas de la cuestión política. Payno pertenece a ella y es un acierto de la autora haber podido categorizar sus respuestas a los problemas educativos, de infraestructura, proteccionismo o la falta de un plan para la industrialización. Los viajes por la República y por Estados Unidos le ayudaron a Payno a comprender las diferencias entre países y a reflexionar acerca de las variables que permitieron a uno desarrollarse y “progresar” mientras el otro descendía al caos.

Por otro lado, la autora no cae en la trampa de idealizar a su biografiado. Reconoce las ambiciones de Payno, “su deseo de presencia y poder”. Recuerda su relación con Manuel Gómez Pedraza, una de las figuras a las que se acercó gracias a su asidua asistencia a las tertulias y al teatro. Estamos ante la figura de un político mexicano cuyas relaciones fueron cuidadosamente forjadas a raíz de estar en el lugar adecuado, con las personas indicadas, en el momento preciso. Las tertulias, el teatro y las logias hacían las veces de partidos políticos. Como hoy, los negocios se arreglaban en la intimidad de un evento social, no en el frío ambiente de las oficinas de gobierno.

La cuidadosa construcción del relato, la atención dispensada a los detalles, el afán de explicar los vericuetos de la vida política dimitonónica son características de este libro. La narrativa histórica ocupa a la vida de Payno como hilo conductor, pero no es, realmente, una biografía de él. Si hubiera sido la intención de la autora, se hubiera incluido un análisis de su obra literaria, más información sobre la vida familiar, etc. Se trata, más bien, de un complejo y puntilloso estudio político de una época, basado en la vida de uno de los actores que contribuyeron a definir los rasgos del siglo antepasado. Las copiosas notas a pie de página, el índice onomástico cuidadosamente elaborado, las extensas fuentes, todo habla de un trabajo historiográfico bordado en fino, muy detallista, explicado a fondo que, sin embargo, da al mismo tiempo una visión general de un largo periodo del siglo XIX. Ojala tuviéramos más trabajos

de esta índole. Nos ayudarían a entender las relaciones entre los personajes que en el campo de la política y de las letras forjaron el México que tenemos hoy.

Anne Staples
El Colegio de México

FRANCISCO LÓPEZ SERRANO, *Viaje por un largo y azaroso camino*, México, Yire, 2007, 32 pp. ISBN 13978-970-65567-0-4

El abogado y político coahuilense Francisco López Serrano nació en Monclova en 1912, en este grueso libro relata su larga y azarosa vida. Se apoya en su archivo personal, su diario, numerosos periódicos y revistas mexicanos (sobre todo de la ciudad de México) y extranjeros y el *Diario de los Debates de los Diputados*.

Sus orígenes son modestos, su madre lavaba ropa ajena y también aseaba la escuela en la que él mismo estudió la primaria. Con grandes sacrificios su hermana estudió taquigrafía, mecanografía y nociones de contabilidad. Nuestro autor ayudaba vendiendo dulces, cerca de su casa, que su madre confeccionaba, y en unas vacaciones vendió un periódico. No es extraño que sólo usara zapatos en fechas muy especiales. Su hermana era muy religiosa, antes de que muriera su madre el niño Francisco estudió la doctrina en la iglesia, después fue monaguillo. Ya instalado en la ciudad de México, caminaba a pie unos 2 km de la Casa del Estudiante adonde estaba alojado a desayunar gratis en la penitenciaría de Lecumberri.

En la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia se entusiasmó en la clase de sociología impartida por el maestro Antonio Caso, donde tuvo la gloria de ser uno de los alumnos a quien éste distinguió. También recuerda con entusiasmo la cátedra de Derecho Penal que impartía Luis Chico Goerne, de quien estuvo muy